

RAFAEL MORALES: EL HOMBRE Y EL POETA

JAVIER LOSTALÉ

RAFAEL MORALES es todo él un texto por cuyas venas circula su vida, un lenguaje donde constantemente se concibe, donde realidad, sueño, tiempo, amor y memoria se tornan conciencia de una existencia que nunca acaba en él, sino que está signada por la participación de todos y de todo, en la que la ética y la estética se funden. Un lenguaje con pulso, generador de latidos. Sí, el hombre y el poeta forman una unidad en Rafael Morales, como la forman lo íntimo y lo colectivo, con épocas en que se acentúa lo primero o lo segundo. Lo más cotidiano tiene en él la misma respiración que lo extraordinario, y lo invisible y lo tangible pierden sus fronteras en la máxima comunicación humana con la que la poesía de Rafael llega a los lectores. Una poesía en la que –y parafraseo a Claudio Rodríguez– es constante:

la coherencia entre el destino personal y la realidad histórica, y donde existe un diálogo muy machadiano del hombre con las cosas, y una participación en ellas que adquiere el grado de conocimiento; conocimiento que fundamenta la piedad y la misericordia que manan de sus versos. Todo ello ligado a la conciencia del fracaso, de la iniquidad y de la mentira, y a una innata alegría de vivir, así como a la irrupción sorprendente de la esperanza.

Hombre y poeta son la misma cosa en Rafael Morales, porque ambos cohabitan la belleza y están impulsados por el deseo de eternidad. La

voz del poeta es tan humana que se escucha como un canto, donde están muy presentes los sonidos del corazón.

Si leemos un fragmento del *Encuentro* que le dedica su amigo Vicente Aleixandre, nos llegan los primeros resplandores de esta fusión entre vida y poesía que caracteriza toda la obra del autor talaverano. Escribe el Premio Nobel:

¡Cuántos años han transcurrido desde entonces! En el curso 1935-36, Rafael finalizaba su bachillerato, y había abierto ya libros de poesía. Una casita en Talavera de la Reina. Casa talaverana, con patio claro, con mucho pimiento en tiesto, con mucho geranio, con mucha flor, con algún arbustillo. Cerca, ancho, solemne, el Tajo. Un curso donde el niño baña su cuerpo, siempre en el mismo río, siempre en río diferente. Nubes. Y una figura extendida en el ribazo, con sueño, con vigilancia, con imaginación, con enorme abandono. Y al fondo, lejos, muy lejos, las dehesas. Aquellos toros zaínos, los otros berrendos, las vacas madres. Y en paseos demorados, más allá de los trigales, de los barbechos, el coro suelto de las cabezas nobles, alzadas, mientras el muchacho miraba y se detenía. Y seguía, y volvía la cabeza... Al fondo, la sierra levantada, la serranía brava, embestidora, cerrando el horizonte.

Hijo único, a la sombra del patio, en la silla de anea, tumbada sobre la pared blanca, las horas iban despacio, mientras la madre, la tía (las dos, madres) pasaban y repasaban raudas en sus faenas. El muchacho, con mano lentísima, volvía las hojas. Líneas cortas: versos. Y escribir. ¿Por qué no? Catorce años. Los primeros versos de Rafael. Y el primer teatrillo. Lo que él llamaría algún día su segunda vocación.

¿Cuáles son, nos preguntamos ya, los principales resplandores que nos llegan tras la lectura de este texto de Aleixandre? Un primer resplandor es el de la casa donde nació y pasó su infancia y adolescencia. En la tercera parte de su libro *Entre tantos adioses*, titulada «Raíces», dice en la última estrofa de su poema «Casas» [...] Viejas casas perdidas de la infancia, / refugio mineral de la memoria, / retorna ahora a vosotras / mi sangre con antiguos celindos y jilgueros / y a los ojos nocturnos de mi madre, / donde Dios inventaba las estrellas. Un segundo resplandor es el que habita la ciudad, Talavera, «tan

nimbada por la luz de amanecida» –escribe Rafael Morales. Cuánta luz de amanecer hay en su poesía, cuánta aurora incrustada en el ser hasta hacerse nombre de la amada. Luz injertada en las palabras «pujando lentamente / desde el silencio oscuro / como un árbol nocturno / hacia la luz del día». El tercero y el cuarto proceden de la dimensión cósmica de muchos de sus poemas que rebasan los límites de la realidad sin destruir la verdadera naturaleza de esta, sino, por el contrario, ahondando su sentido y dignificándola. Y algo fundamental en este poeta: el poder genésico de la mirada, capaz de engendrar plenitud en su patrimonio que es el presente: «Como si el pasado / jamás hubiera sido / y como si el futuro / no hubiera de llegar, / lo perfecto culmina / sólo en la clara cima / del presente, / porque tan sólo en él / la realidad existe / y es cierto el patrimonio / de los ojos». Por último, y siempre sin abandonar el *Encuentro* de Aleixandre, aparece la figura del toro, luego humanizada por Rafael, en los *Poemas del toro*, caracterizados por «su irradiación cósmica», como señaló Claudio Rodríguez y por su potencia simbólica y pasional. Unos sonetos que son como fogonazos, muy visuales, con oleadas de latidos, en los que la vida, la muerte, el amor, la soledad, la maternidad, la nada, la valoración por primera vez de lo humilde, lo feo, lo derrotado por el tiempo, y la tragedia colectiva de nuestra Guerra Civil, nos inundan con su verdad y emoción. Y es que, no en este primer libro, que inauguró la señera colección *Adonais*, sino que a lo largo de toda su obra la utilización del soneto fue siempre para él un campo sin alambradas ni fronteras. Junto a Gerardo Diego creo que es uno de los grandes sonetistas del siglo xx. El indiscutible dominio formal de Rafael Morales, tiene como almas al Romancero, y a Góngora, Lope de Vega, Quevedo y Villamediana, como muy bien señaló Claudio Rodríguez, y un fuego neorromántico, pero con esa contención que presta la transparencia. Leyendo estos poemas llegamos a olvidarnos del toro tras incardinar en nuestra propia vida su fuerza telúrica. Basta un ejemplo para confirmar lo que decimos: el soneto

titulado «Pasión»: «Tras el engaño de la capa suave / un encendido toro va burlado / y siente con furor que el trapo alado / se le escapa ligero como un ave. / Así va mi pasión tras ese grave / fantasma vaporoso que he soñado, / y despierto creyéndole alcanzado, / mas viento sólo entre mis brazos cabe. / Y así mi corazón, igual que el toro, / desborda su pasión huracanada / hecho dolor bravísimo y sonoro. / Más la ilusión ha sido derrotada / y la sangre se ha vuelto largo lloro / bajo el reinado firme de la espada».

A partir de *Poemas del toro*, publicado en 1943, y hasta 2003, murió en 2005, fueron amaneciendo otros ocho libros en los que escuchamos la misma voz verdadera, pero con diferentes registros. El amor y la muerte eran -según nos dice el propio poeta-, temas principales de *El corazón y la tierra*, así como esa presencia, ya aludida de lo feo, de lo humilde y de lo derrotado, con ese soneto excepcional titulado «A un esqueleto de muchacha», que es un homenaje a Lope de Vega, en el que con su semilla metafísica el tiempo enarbola su inevitable ganancia. Muy conocido es este poema, pero siempre nuevo en cada lectura, como le sucede a la poesía con mayúscula: «En esta frente, Dios, en esta frente / hubo un clamor de sangre rumorosa / y aquí, en esta oquedad, se abrió la rosa / de una fugaz mejilla adolescente. / Aquí el pecho sutil dio su naciente / gracia de flor incierta y venturosa / y aquí surgió la mano, deliciosa / primicia de este brazo inexistente. / Aquí el cuello de garza sostenía / la alada soledad de la cabeza / y aquí el cabello undoso se vertía. / Y aquí, en redonda y cálida pereza, / el cauce de la pierna se extendía / para hallar por el pie la ligereza». Brilla la solidaridad con quienes padecen desventuras de toda índole, entre los que se encuentran los no amados, los tristes, en *Los desterrados*; Lo íntimo predomina en *Canción sobre el asfalto*, donde hay poemas como el «Canto doloroso al cubo de la basura» en los que lo real logra la profundidad de lo alegórico; la vida entera de la Humanidad simbolizada por la vida de un hombre cualquiera, está presente en *La máscara y los dientes* a través de lo que el poeta denomina liro-

dramas; se acentúa el carácter sociomoral de este poemario y se expone una panorámica de un mundo en general carente de amor y sobrado de egoísmos en su siguiente libro *La rueda y el viento*, para, posteriormente, mediante *Prado de serpientes*, invitarle al lector a reflexionar sobre esa víbora acechante que se esconde bajo la apariencia bella y tentadora del prado. Posteriormente en los poemas de *Entre tantos adioses* escuchamos –en palabras de Fernando Lázaro Carreter– «una nueva y hermosa y triste y elegante y sencilla modulación de la melodía que, desde Manrique, resuena por las más altas cimas de nuestra lírica». Y de este modo llegamos, tras diez años de silencio, a la publicación de *Poemas de la luz y la palabra*, en donde, como señala el recordado hispanista y crítico literario José Paulino Ayuso, «desemboca en la poesía como forma de permanencia y de trascendencia». Obra fundamental en la creación de Rafael Morales en la que con desnudez plena imprime el rostro vital del poeta de un modo semejante a como el paño de la Verónica imprime el rostro de Jesús. En este caso el paño está tejido por la luz y la palabra. Vida y poesía son aquí hermanas gemelas concebidas por el acto de la creación. En este libro se cumple sin ninguna fisura la defensa que siempre ha hecho Rafael de la poesía como revelación, el convencimiento –subrayado por el profesor y filólogo Francisco Ruiz Soriano– de que el poema no se hace con el lenguaje, sino que está ya en el lenguaje. La luz y la palabra son fuente de revelación en este libro, radicalmente joven por lo que entraña de disposición a ser embarazado por todo lo existente, pero ya libre de tanto vivido de todo lo que no sea esencial, de ahí la síntesis y la brevedad de los poemas. La luz del amanecer nos amanece, la mañana fecunda la alegría que enciende el amor: «Porque tú ya venías / jubilosa de aves / derrotada la noche / ocultó sus estrellas. Para gozarte, / amarte, / tener tu claro cuerpo / existe la alegría. La luz, le parafraseo, abre la libertad / la altiva patria azul / de la belleza». La luz desvela, deslimita, crea libertad y esperanza, y en el sueño, vuelvo a parafrasearle, nos «comunica con una realidad intan-

gible / donde el tiempo no existe». La luz se aposenta en nosotros, actúa y nos revela. Encarna, como reza el título de unos poemas, la plenitud del presente [...] «Claridad, terco amor, / plenitud del presente / en la gloria del día».

En cuanto a las palabras, se refiere a ellas Rafael Morales como «silábicos latidos», las palabras le edifican. El hombre y el poeta son dentro del lenguaje poético, donde su nombrar exacto crea y la palabra es luz aun dentro de lo más oscuro. Las palabras en el poema vencen al tiempo, son inmortales. Quien amó y lo escribió, eternamente sigue vivo su amor en lo escrito, aunque el amante haga siglos que murió. Con transparente precisión lo expresa en los versos de «Ante un poema del siglo XVII»: «Estos versos / fueron escritos con amor, / por amor. / Firmes en el papel / se obstinan contra el tiempo / en un presente invariable. / La muerte ejercitó / su tiranía / sólo sobre el amante, / pero el amor / arde aún intacto / en las viejas palabras / del poema».

Termino: Sobre la relación entre vida y poesía Rafael Morales ha escrito:

Siempre he pretendido que mi poesía responda a lo más noble y hondamente humano, pero eso no basta. Lo que yo he escrito siempre ha tenido una doble vertiente. Por un lado, y más por idiosincrasia que por calculado propósito, un afán de reconocermé, de vivir en ella, de proyectarme en sus versos tal como soy y tal como veo el mundo en el momento en que escribo. Por otro lado, y aquí sí que ya cabe el calculado propósito, siempre he tenido viva intención de lograr que la emoción humana se funda hondamente con la emoción artística, sin la que el poema no puede existir.

Rafael Morales es, sin duda, una de las voces más puras y profundas (sencillez y profundidad no están reñidas) de la poesía española del siglo xx. Su creación poética es un acto de conciencia que constantemente nos habla de que por aquí pasó un hombre.